

Que para hablaros de mí mismo, fuerza  
Ha sido que os hablara antes de vos.  
Aquel santo eremita que los ojos  
De María á la luz á abrir volvió,  
Aquel á cuyas fervidas plegarias  
Tan singular prodigio obró el Señor,  
En lugar de velar por la ovejuela  
Que á su cuidado inerte se entregó,  
Lobo inhumano se tornó contra ella,  
En su sangre bañándose feroz.

EL CONDE.

¡En su sangre!

GUARINO.

Vertida gota á gota  
Fué, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE.

¡Miserable de tí! toda la tuya  
Saciarse no puede el vengativo ardor  
En que la mia oyéndolo se abrasa.

GUARINO.

Tal vez para saciarla quiso Dios  
Ponerme en vuestras manos, exigiendo  
La venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE.

¡Mónstruo! ¿qué fué lo que instigarte pudo  
A delito tan vil?

GUARINO.

Oid, señor,  
Y antes de dar mi sangre por la suya,  
Sabed toda mi horrible confesion:  
Y doble la vergüenza de contárosla,  
La pena que la culpa mereció.

EL CONDE.

Habla, y abrevia tu relato infando;  
Y calma para oírte me dé Dios.

GUARINO.

Vos en la soledad de las montañas  
Me dejásteis vuestra hija: pensé yo  
Que diez años de duras penitencias  
Habrían de mi frágil corazón  
Hecho el castillo inexpugnable, y ciego  
Confíe de mí mismo en el valor.  
La misma santidad de vuestra hija,  
Su noble y celestial resolución,  
Y el gran milagro que por mí reciente  
Obró Dios, me sedujo y me animó.  
Santa, pero mujer, jóven y hermosa,  
Debi de encomendarla al Salvador  
Que la guardara bien, y huir en ella  
La infernal y escondida tentación;  
Mas yo, necio de mí, con falso orgullo,  
Con inútil y estúpido fervor,  
En la fé y la virtud por mantenerla,  
Mi virtud y mi fé Satan hundió.  
Permáneceí junto á la hermosa niña,  
Dando á su fé primero admiración,  
Y despues admirando su hermosura,  
Que allí el infierno por mi mal envió.

Mi vista, que en el trecho de diez años  
En los cielos no mas, en la oracion,  
O en la tierra con llanto penitente  
Fervorosa y humilde se fijó,  
A contemplar su terrenal belleza  
Tornóse con impúdica atención,  
Y el fuego de infernal concupiscencia  
Dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE.

¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible  
De esa historia fatal.

GUARINO.

Santo temor,  
Soplo espirante de virtud, dos veces  
De la inocente hermosa me apartó,  
Y otras dos veces me arrastró hácia ella  
La astucia del demonio tentador;  
Y al vértigo carnal de su apetito  
Sucumbiendo mi imbécil corazón,  
Víctima de mi torpe desvarío,  
Su virginal pureza sucumbió.

EL CONDE.

¡Revelacion horrenda!

GUARINO.

Horrenda, pero  
Todavía la culpa fué mayor.

EL CONDE.

¡Has hecho mas aún?

GUARINO.

Cometí el crimen,  
Y, en cuanto mi maldad le consumó,  
Sus consecuencias en tropel bullente  
Aglomeré en mi mente la razon,  
Y Satanás poniéndose á mi lado,  
Me hizo entender y calcular su horror.  
Los otros penitentes solitarios  
Que habitaban las peñas como yo,  
Me trajo á la memoria, y que inocentes  
De mi culpa, á ser iban de ella en pos  
Solo objetos de escándalo, y del mundo  
A cargar con la injusta execración.  
"Vé, me dijo el demonio, mira, infame,  
"A dónde tu maldad te despeñó.  
"Al acusarte esa mujer, entera  
"Traerá la raza humana en derredor  
"A maldecir la hipócrita malicia  
"Que en tu impúdico pecho fermentó.  
"Ese milagro real, que por tus manos  
"Piadoso Dios y omnipotente obró,  
"A diabólica magia atribuido  
"Va con razon á ser. ¡Mira el baldon  
"Con que cubres, infame, estos desiertos,  
"Santuarios otro tiempo del Señor!  
"Esconde de los ojos de los hombres  
"Ejemplo de tan vil profanación,  
"Al menos porque en todos no recaiga  
"La pena que uno solo mereció.  
"O al renegar de sus ministros viles,  
"Renegará su santa religion.

"Cubra al menos tu crimen el misterio,  
"Engaña al universo por tu honor;  
"No escuses otro crimen, si te salva,  
"Y haz penitencia luego por los dos."  
Esto el infierno me inspiraba, y esto  
Que yo escuchaba de su falsa voz,  
De una falsa vergüenza en mi conciencia  
Hizo brotar el humo embriagador.  
Un pensamiento atroz, pero seguro,  
A mi mente febril se presentó;  
Y por sino fatal yendo arrastrado  
A ponerlo en sangrienta ejecución,  
Privé de la existencia á la inocente  
A quien privé primero del honor.

EL CONDE.

¡Bárbaro!

GUARINO.

Y en las rocas enterrándola,  
Huí á Monserrate, cuando el sol  
Sumiendo en el Océano sus rayos,  
El velo á las tinieblas desplegó.

EL CONDE.

En vano te busqué entre las montañas.  
Mas hoy . . .

GUARINO.

Fuí de mí mismo con horror  
A la sagrada capital del mundo  
Mendigando mi pan; cruzé veloz  
Rios y montes, y llegando á Roma,  
Del rebaño de Cristo ante el pastor,  
Postrado, de mis crímenes nefandos  
Hice entera y contrita confesion.  
El pontífice santo, del Eterno  
En la tierra vicario, mi dolor  
Y mi arrepentimiento contemplando,  
Con estas condiciones me absolvió.  
"Vuelve (me dijo) á Monserrate; pero  
"Vuelve á morar en su áspero fragor  
"Cual bestia, no cual hombre: dobla al suelo  
"Tu frente como bruto; y posición  
"Manteniendo de tal, de cuatro remos  
"Sírvele para andar en vez de dos.  
"Y en penitente soledad tu vida  
"Pasa en el monte en tal degradación,  
"Hasta que un tierno infante de seis meses  
"De ello te absuelva en nombre del Señor."  
Yo, obediente al pontífice supremo,  
Me volví como bruto á mi mansion  
De Monserrate: de velludas lanas  
Mi macilento cuerpo se cubrió,  
Y destruida en mí la humana forma,  
Cual monstruo me trajeron ante vos:  
Ante quien el milagro prometido  
Para fin de mi pena, se cumplió.—  
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,  
Que escarmienten en mí será razon  
Los hombres, y en la tierra á su justicia  
Aplaque, quien su ley atropelló.

Postró el penitente humilde  
Su venerable cabeza  
Hasta el suelo, en que sus plantas  
El conde ofendido asienta,  
Y así en silencio quedaron  
Uno en pié y otro por tierra;  
Uno al castigo ofreciéndose,  
Y otro apreciando la oferta.  
Pero al cabo el noble conde,  
Pesando allá en su conciencia  
La justicia de su causa,  
La inmensidad de la pena,  
La razon de su venganza  
Y la prez de su nobleza,  
Rompió el silencio, diciendo  
Con voz conmovida y trémula:  
"Alzad, Guarin, que no es justo  
Que se muestre mas severa  
Que la justicia del cielo  
La justicia de la tierra.  
Mi honra habeis ultrajado  
Allí do con mas pureza,  
Se anidaba; con mi sangre  
Habeis regado las peñas  
De Monserrate; mas de ambas  
La mancha injuriosa y fea,  
Lavado habeis con las lágrimas  
De cristiana penitencia.  
Yo os perdono como el cielo;  
Volveos á las desiertas  
Montañas, y vida triste  
Pasad penitente en ellas.  
Mas quiero una sola cosa  
Rogaros, única prueba  
Que exijo de vos, Guarino,  
Del perdón en recompensa.  
Mostradme el oculto sitio  
De aquellas fragosas sierras,  
En donde yacen los restos  
Que de mi María quedan.  
Los que de mi estirpe nacen,  
Su tumba tienen dispuesta  
En mas suntuoso lugar  
Que el que sus restos encierra.  
—Vuestros criados, señor,  
Mandad que conmigo vengan;  
En el lugar en que yacen  
Tengo cavada una cueva,  
Donde cual fiera he vivido  
Lamentando mi fiereza.  
Sobre el césped que la cubre  
Brotó, y entre él se conserva,  
De los tiempos respetada,  
Una silvestre azucena,  
Símbolo de su desdicha  
Y pendón de su inocencia,  
Por los cielos levantado,  
Mantenido en nombre de ella.  
—Yo mismo iré allí á llorarla.  
—Señor, pues que pronto sea  
—Partamos al punto.  
—Vamos.

Y antes que una aurora nueva

Vuelva á alumbrar el oriente,  
Saldreis con tan santa empresa."

## CAPITULO VIII.

LA AZUCENA SILVESTRE.

Cual marinero errante, que perdido  
Su soberbio bajel, contra las olas  
Lucha, á los restos del bajel asido,  
Cercana viendo la ribera ya;  
Cual golondrina errante que los mares  
Cruza estraviada, y la cansada pluma  
Agita, conociendo los lugares  
Donde á anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío  
Sedienta vaga por el bosque espeso,  
Y el agua oyendo del cercano rio,  
Hacia él se lanza cuando el agua ve:  
Así impaciente el padre de María,  
En las alas de una última esperanza,  
Partir á Monserrate apetecia  
Con paternal y religiosa fé.

"De entre las yermas rocas se levante  
Su despojo mortal, y en sitio digno  
Salmo la Iglesia á su memoria cante,  
Y ore por su alma al compasivo Dios.  
Bajo las anchas bóvedas del templo  
Sus funerales místicos resuenen,  
Y las campanas su recinto atruenen,  
Y álcese al cielo mi oracion en pos."

Así decia el piadoso conde  
Transido de dolor,  
Con tamaños intentos emprendiendo  
Su peregrinacion.

Y del florido Abril una mañana  
Al despuntar el sol,  
Con Guarino y escasa comitiva,  
De la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados  
Seguíanle en monoton,  
Y unos cuantos obreros que la tierra  
A cavar destinó.

Un monge, que al hallar el cuerpo, su alma  
Encomendara á Dios,  
Iba al par en silencio en medio de ellos,  
Envuelto en su ropón.

La multitud, encima de los muros,  
En silencio á mirarlos se agolpó,  
Rogando ansiosos por el triste padre  
Y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron  
Al áspero fragor,  
Y en la distancia del camino largo,  
La triste comitiva se sumió.

Un punto aún desde sus altos muros,  
Como leve vapor,  
El polvo de sus piés se percibia,  
Pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe  
Lo que les guarda en su honda soledad  
El que posee del corazón la llave,  
El que puede medir la eternidad?  
Sí, Dios es Dios; y Dios tan solo puede  
Romper el velo á la futura edad;  
Solo á sus ojos el destino cede;  
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el Oriente  
La claridad temprana  
Del alba trasparente  
De la fresca mañana  
Del día á aquel siguiente,  
Cuando el conde á las faldas de las rocas  
De Monserrat llegaba con su gente.  
El penitente Juan sus pasos guía,  
Humillado al recuerdo vergonzoso  
Del delito que allí cometió un día,  
Y como iban subiendo,  
Al conde el monge se acercó diciendo;  
"Señor, desde este cerro que testigo  
Fué en día mas dichoso  
De la piedad de Dios para conmigo,  
De mi crimen despues y mi castigo,  
Solo ambos quisiera  
Que subiendo siguiéramos,  
Y solos cabo á nuestra empresa diéramos.  
Entre estas cavidades,  
Penitente primero y luego fiera,  
Escándalo de aquestas soledades,  
Largos años viví, y la edad futura  
Pluguírame que nunca conociera  
El sitio de mi horrenda desventura.  
Resto de orgullo humano,  
Que el mortal corazón misero encierra  
Sea tal vez; mas me dará tormento  
Saber que se hace público en la tierra  
Mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.  
Temo la tentacion del diablo astuto,  
Y sé por esperiencia  
El trecho que marcó la omnipotencia  
Del racional al bruto."  
Wifredo, su caballo deteniendo,  
Y al monge con respeto contemplando,  
Así le dijo con acento blando:  
"Sea como queráis; vos que ante el trono  
De Dios sois perdonado,  
No habeis de ser por mí mas castigado,  
Ni pasará de aquí con vos, mi encono.

Secreto es vuestra historia  
Que de mi labio no saldrá, escondida  
Viviendo eternamente en mi memoria,  
Diré que el cielo, de mi triste vida  
Tal vez compadecido,  
A mí os ha conducido  
Para templar del alma la amargura,  
El lugar escondido  
Mostrándome en que está su sepultura;  
Pues si por vuestro crimen inaudito  
Debiérais ser de mi venganza objeto,  
Por la mano de Dios estais bendito,  
Y lo sois para mí de honra y respeto.  
Guiad, y solos vamos,  
Solos su sepultura cavaremos,  
Y si algo de sus restos encontramos,  
Hasta aquí á conducirlos bastaremos."  
Y así diciendo el conde, y al instante  
Mandando detener allí la jente,  
Solo siguió adelante  
En pos del milagroso penitente,  
Y ambos entre las breñas se metieron,  
Y á los ojos de todos se perdieron.  
Serenos estaba el día;  
El sol, que por los cielos avanzaba,  
Con purpurada luz resplandecia,  
Y la tierra en sus luces se bañaba,  
Y todo por la tierra sonreia.  
El tomillo oloroso,  
La madre selva espesa,  
La ancha amapola, en su capullo aun presa,  
El silvestre jacinto,  
Que á la márgen sonora  
Crece del arroyuelo,  
Y en su fresco color apenas tinto;  
El áspero majuelo,  
La todavía verde zarzamora,  
Y el enredado endrino,  
Compañero del boj y del espino,  
El retorcido enebro y la retama  
Que en medio crecen de la amarga grama,  
Aromaban los valles silenciosos,  
Y prestaban colores y verdura  
A los lomos fragosos  
De aquellos montes, cuyas hondas grietas  
En las piedras escuetas  
Labra el agua que cae desde la altura.  
La tierra, por do quier juvenecida,  
Por el sol fecundada,  
De nueva y creadora primavera  
Se tornaba á mostrar con nueva vida  
Y con nuevo vigor robustecida,  
Con verdura mayor engalanada,  
Nueva generacion de mariposas  
Y de varios insectos zumbadores  
Ensayaban su vuelo en las hojosas,  
Matas espesas de silvestres flores.  
Los blancos conejuelos,  
Los alegres y libres cervatillos,  
De su fuerza primera  
Iban ya haciendo alarde en la carrera;  
Triscando entre las zarzas y majuelos,  
Despuntando la grama y los tomillos,

Y horadando las faldas arenosas  
De los secos y blandos montecillos,  
Al instinto cediendo que se encierra  
En su naturaleza montesina,  
De socavar la tierra.  
En la enramada verde  
Que, á una fuente vecina  
Que entre las peñas al brotar se pierde,  
Toma jugo en la linfa cristalina,  
La nueva cria de ligeras aves  
Silba, gorgea y trina;  
Y el ronco cuervo, que con vuelo lento  
Se cierne mansamente sobre el viento,  
Grazna con notas ásperas y graves,  
La estacion de las flores  
Presintiendo contento.  
Naturaleza entera,  
Brillante resplandece,  
Ufana por do quiera  
Anunciando la hermosa primavera;  
Y, todo en ella juventud y vida,  
Todo en ella armonía, luz y aroma,  
Solo al placer convida.  
Y desde la ancha, y verde, y fresca loma  
Donde está detenida  
La comitiva de Wifredo entera,  
Por la vega estendida  
Y escarpada montaña,  
Goza la perspectiva placentera  
Que desde allí se alcanza embebecida.  
En tanto su señor va lentamente  
Por las peñas trepando  
Detras del silencioso penitente,  
Que por la soledad le va guiando,  
El sitio en que pecó, triste buscando.  
La luz y la alegría  
De la naturaleza,  
De ambos se aviene mal con la tristeza,  
Y la razon que allí les conducia;  
Y sumido en sus propios pensamientos,  
Marchaba cada cual á pasos lentos.  
Sube el monge, la diestra asegurada  
En nudoso baston con que se ayuda,  
Y cruza el conde la hojarasca ruda,  
Báculo haciendo de su larga espada.  
Así, por senda que tortuosa lleva  
De un aislado peñasco hasta la cima,  
Llegaron al lugar en que su cueva  
Labró Guarino, y cuyo centro estima  
En mas que los palacios colosales  
Que labraron del mundo los señores,  
Y que vienen á ser tan solamente  
Los nichos y las cifras sepulcrales  
Que sus nombres mortales  
Guardan un día mas entre la gente.  
Entre los huecos cascos  
De los hendidos lomos  
De dos duros peñascos  
Que las lluvias hendieron,  
De intencion de mirarles con asomos,  
Una grieta se abria,  
Que á caverna de fieras parecia.  
Un pico del peñon, algo avanzado

Sobre su ancha abertura,  
Del viento y de la lluvia resguardado  
Un trozo de terreno mantenía,  
Que de tupido césped alfombrado,  
De la gruta á la entrada se veía.  
Y de la estéril roca  
Por estrecha hendidura  
Bajaba de la cueva hasta la boca  
Un rico manantial de agua tan pura,  
Que á través de sus líquidos cristales,  
De la piedra en que cauce se formaba,  
Se contaban las vetas transversales,  
Que el paso de la linfa había ido  
Puliendo en su caída, de manera  
Que en vez de piedra tosca, se dijera  
Que en la concha mejor se había bruñido.  
La sonora corriente  
De esta escondida fuente,  
Hallando entre los céspedes descanso,  
En el llano terreno  
Que estaba de ellos lleno,  
Formó entre aquellas yerbas un remanso:  
Y entre ellas á su curso abriendo calle,  
Dejando aquel lugar verde y fecundo,  
Iba á perderse en la mitad de un valle,  
De los montes formado en el profundo.  
De este remanso el centro  
Formaba un montecillo  
Por el agua cercado,  
Seco, verde y aislado,  
Por aquel manantial fecundizado,  
Que, de las altas rocas guarnecido,  
Cubierto por el pico adelantado  
Sobre la cueva oscura,  
Por la fuente regado,  
Y en la pendiente rauda concluido,  
Era un bello paisaje en miniatura.  
Y de aquel montecillo en el altura,  
Cubierta de verdura  
Fresca, olorosa, amena,  
Brotaba una purísima azucena,  
La cual, aunque era flor sola y silvestre,  
Mas que en jardín cuidado  
Brillaba hermosa en su rincón campestre,  
Que estaba con su aroma perfumado.  
Sus blancas hojas á la luz tendidas,  
Su simiente encerrada en los martillos  
Que de su centro se alzan amarillos,  
Su tallo verde, fresco, alto, flexible,  
Mecido por el aura, que perdida  
A aquel rincón llegaba imperceptible,  
Dándola oculto movimiento y vida,  
Hacían de la cándida azucena  
Un animado sér, solo habitante,  
Solo genio y señor de aquella escena.  
Al llegar de la gruta ante la boca,  
En que aquella hendidura  
Escondida en la roca  
Guardaba de este sitio la hermosura,  
Y do la entrada de la cueva toca,  
Postróse de rodillas Juan Guarino;  
Y absorto el noble conde,  
Viendo el primor que esconde

Aquel sitio desierto y campesino,  
Se detuvo un momento  
Embebido en gozar el suave aroma  
De la flor de aquel grato apartamiento.  
"Hé aquí (esclamó Guarino, derramando  
Lágrimas) el lugar en que escondido  
Mi delito lloré, sobre la tierra  
Do fué mi doble crimen cometido.  
Hé aquí, señor, la tumba en que reposa  
La hija de que os privé: bajo la altura  
De ese montón de tierra y de verdura,  
Duermen los restos de la mas hermosa  
E inocente criatura:  
Y esa blanca azucena,  
Tal vez del jugo de su sangre pura  
El jugo bebe que su cáliz llena.  
Cuando en fiera tornada, á esta montaña  
Me volví desde Roma peregrino  
A cumplir penitente mi destino,  
Había aquí brotado  
El manantial bullente y cristalino  
Que tenía cercado  
El lugar á su tumba señalado.  
La azucena sobre él ya abierta estaba  
Y cual lugar sagrado  
Que el señor me vedaba,  
Por mí en mi penitencia respetado  
Fué, y con mi llanto de dolor regado.  
Yo he visto en esa flor siempre inmarchita,  
Una futura prenda de esperanza  
Por el cielo bendita:  
Y en esa flor á quien jamas alcanza  
El fin que á todas dió naturaleza,  
De la muger á mi maldad rendida,  
El símbolo miré de la pureza,  
Atropellada sí mas no perdida.  
Unico amor del triste solitario,  
Su única compañía en el desierto,  
Unica luz del tenebroso osario  
Del mundo, para el cual vivía muerto,  
Unico paso á mi esperanza abierto.  
Mi corazón en ella ha consentido  
Cuanta fé y cuanto amor ha conservado,  
Unica prenda que me liga al mundo,  
Solo recuerdo de la edad pasada,  
Tras del amor á Dios es el segundo,  
En mi alma, con mis lágrimas lavada  
El amor á esa flor inmaculada.  
Yo creo ver en ella  
Vivir á la hija que llorais: yo creo  
Que su alma pura y bella  
Vive dentro del cáliz conservada;  
Y entre sus hojas su semblante veo;  
Y oigo sonar su voz cuando se mece  
Entre sus blancas hojas;  
Y si el tiempo á mis ojos la agostara,  
Tanto cuanto lloré por el pecado  
Que dentro de esa tumba le encerrara,  
Sobre el tallo truncado  
De esa azucena mística llorara."  
Y así diciendo, el infeliz Guarino,  
Por tierra prosternado,  
De aquel último bien se despedía

Tanto tiempo por él idolatrado,  
La sepultura en que raiz tenía,  
A destruir él mismo preparado.  
Y el conde, embebecido  
En lo que al lábio de Guarino oía,  
En pie junto á él seguía,  
Inmóvil, silencioso y distraído.  
Wifredo de repente,  
De esta meditacion saliendo, dijo  
Con decidida voz al penitente:  
"No perdamos, hermano,  
El tiempo neciamente;  
Esa tumba cavemos,  
Y apartemos de aquí su resto humano."  
Y obediente Guarino,  
Resignado con calma á su destino,  
Con la azada en la mano  
Resuelto se llegó á la verde altura  
Do la hermosa azucena  
Marcaba la campestre sepultura:  
Y Wifredo á su vez, la aguda pena  
Del corazón paterno  
Desahogando en dos lágrimas espesas,  
Gotas que lanza al manantial interno  
Que inextinguible en sus entrañas mana,  
De otro azador asiendo, se dispuso  
Lo que resta á buscar de lo que un día  
Fué de sus ojos luz, fué su María,  
Con el secreto intento  
De que aquella azucena perfumada  
Quedara, á ser posible, respetada,  
En el lugar en donde tiene asiento,  
Por el opuesto lado comenzaron  
Del fúnebre montón do está arraigada;  
Mas apenas hundieron  
En tierra el azadon, de ver echaron  
Que el verde montecillo que creyeron  
Tierra compacta y dura,  
Blanda y recientemente removida  
Estaba, y seca, y leve mantenida  
Entre el agua, y debajo la verdura  
Que la tienen cubierta y circuida:  
Y cuanto con mas tiento la tocaban,  
Mas fácilmente por entrambos lados  
Sus golpes á la par desmoronaban  
La tierra, y los arbustos que arraigados  
En ella vejetaban.  
Lejos de sí los instrumentos rudos  
Arrojaron, y á impulso de un instinto  
Igual, hundieron en la blanda tierra,  
Y á apartarla empezaron cuidadosos  
Con sus dedos desnudos.  
Pronto dieron sus manos  
Con un oculto objeto  
De la tierra distinto:  
Mas, suave al tacto, con calor, con vida,  
No era el objeto oculto el esqueleto  
De enterrada mujer, á quien los años  
Y la tierra tendrían consumida.  
El secreto terror y afán interno

Heló la voz en su garganta, y ambos,  
Apartando en silencio el polvo leve,  
Descubrieron, y entrambos asombrados,  
Dos piés, que como el ampo de la nieve  
Mantenía la tierra conservados.  
Un lijero color rosado y puro,  
Bajo su piel se percibía apenas,  
Y á través de la piel el trazo oscuro  
Se vía de sus venas,  
Cual si la vida aún de sangre líquida  
Las mantuviera llenas.  
De aquellos piés purísimos la planta  
Verticalmente inmóvil,  
Que siempre en los cadáveres espanta,  
Lejos de dar horror, á la mirada  
Solamente esponía  
La perfeccion, pureza y hermosura  
De una obra de escultura  
Diestramente pulida y acabada.  
El grato anhelo, la interior zozobra  
Que ambos á dos sintieron,  
Seguir les hizo la empezada obra;  
Y apartando los céspedes y tierra,  
En silencio siguieron  
Hasta que el tronco entero descubrieron,  
Que envuelto en sus vestidos  
Apenas por el agua humedecidos,  
Y apenas arrugados  
Por la tierra en que estaban enterrados,  
Envolvían el cuerpo de María,  
Que dormida y no muerta parecía.  
Escondida no mas de su belleza  
Quedaba la bellísima cabeza  
Y la garganta blanca,  
Donde una herida fresca se descubre,  
Desde la cual arranca  
La raiz de la cándida azucena,  
Que sobre el sitio en que descansa brota:  
Y que fuerza será cuando el semblante  
Descubran, que la flor se arranque rota.  
Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo  
Las manos detuvieron,  
Y arrasados en lágrimas los ojos,  
Ante aquellos para ambos  
Sagrados y bellísimos despojos,  
Gran trecho sin acción se mantuvieron.  
Mas el conde por fin, de irresistible  
Voluntad impelido,  
Con un postrer esfuerzo despejando  
El rostro aún escondido  
De su María hermosa,  
Vió de la vírgen la figura entera,  
Cuyo lábio animaba  
Dulcísima sonrisa placentera:  
Cuya tez inmarchita coloraba  
Animado color de nieve y rosa,  
Y en cuyos ténues párpados cerrados,  
Transparente se vía  
La pura luz que á su través lucía  
En sus ojos aun iluminados,  
Con la lumbré vital que dentro ardia.  
Mas en tanto la flor fragante y pura  
Que sobre ella crecía,

Y de la muerta vírgen en el cuello  
 Sus raíces asía,  
 Por el suelo truncada  
 Por entre el césped húmedo yacía,  
 Roto su tallo, pero no manchada.  
 Tendió el conde sus manos  
 A la prenda de su alina idolatrada,  
 Y á la caída flor el penitente,  
 Cuando esta de repente,  
 Por invisible mano arrebatada,  
 Se perdió en el azul del manso ambiente,  
 Y la pura region del vago viento  
 Armonizó una música divina  
 Que venia del alto firmamento,  
 Detras brotando de su azul cortina.  
 El celestial compás de aquella santa  
 Misteriosa armonía, llamó al cielo  
 La atencion de Wifredo y de Guarino;  
 Y al ver el cuadro mágico y divino  
 Que les mostró su descorrido velo,  
 Se borró de María en la garganta  
 La señal de su herida;  
 Y á ver la aparicion en luz radiante  
 Que en medio de los aires suspendida,  
 De su vista mortal está delante  
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,  
 De las estrellas fúlgidas vestida,  
 De la luna calzada,  
 Y de ángeles en hombros conducida,  
 La Madre del Cordero inmaculada  
 Sonreía á los tres, que arrodillados  
 Y absortos contemplaban

La divina vision embelesados.  
 La Purísima Madre del Dios niño,  
 En sus manos, mas blancas que el armiño  
 La azucena silvestre mantenía,  
 Y con celeste acento  
 Que empapó la montaña en armonía  
 De son mas apacible, grato y lento  
 Que el murmullo del bosque, el mar y el viento  
 Con sonrisa hechicera  
 Dijo, vuelta á los tres, de esta manera:  
 "Donde no hay voluntad, tampoco crímen;  
 "Tesa, pues, la virginal pureza  
 "María conservó, y en la aspereza  
 "De los montes, siete años penitentes  
 "De otro castigo al matador redimen  
 "En los juicios de Dios omnipotentes.  
 "En medio de estas peñas se levante  
 "Sombrió monasterio,  
 "Que del Señor las maravillas cante:  
 "Otra vez á arraigar esa azucena,  
 "Vuelva en las rocas, de perfume llena,  
 "Prenda y señal de celestial misterio:  
 "Y cuando en el sepulcro preparado  
 "Vuestro despojo corporal se suma,  
 "Sobre el sepulcro de los tres cerrado,  
 "La azucena silvestre se consuma."

Espiró de la Virgen el acento,  
 Y cesando la célica armonía,  
 La mística vision deshizo el viento,  
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella  
 Cayeron bendiciendo su destino,  
 El noble conde, la feliz doncella,  
 Y el santo penitente Juan Guarino.

## UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

### INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo  
 Y mas acá de Celada,  
 Yendo de Madrid á Burgos,  
 Desde el camino se alcanza  
 Una legua tierra adentro  
 Cierta iglesia solitaria  
 Sobre un cerro, y que parece  
 Pobre ermita abandonada.  
 Mas no es así: pues del cerro  
 En la contrapuesta falda,  
 Y entre otros muchos cerrillos  
 Que el terreno desigualan,  
 Hay tendido un pueblecito  
 Que se esconde á las miradas,  
 Mas cuyo fecundo seno  
 Tesoros avaro guarda.  
 Su nombre es harto poético,  
 Aunque no está en ningun mapa  
 Ni se lee en ninguna historia:  
 Villaldemiro le llaman.  
 Anchos arroyos le cruzan,  
 Con cuyas parleras aguas  
 Reverdecen las laderas  
 Sus montañuelas enanas;  
 Y á la salida del pueblo  
 Entre la espesa enramada,  
 De un bosquecillo de sauces  
 Que en los arroyos se bañan,  
 Y de algunos cientos de olmos  
 Que sobre ellos se levantan,  
 Yacen de un viejo palacio

Las enmohecidas tapias.  
 Palacio fué: en los dinteles  
 De sus roídas portadas  
 Conserva, aunque ya borrados,  
 Sus nobles escudos de armas:  
 Y en los severos contornos  
 De su destruida fábrica,  
 Se ve la forma que Herrera  
 A sus edificios daba.  
 Las cuatro cuadradas torres  
 Ya de sus ángulos faltan,  
 Y tejas cubren los techos  
 Que cubrieron las pizarras.  
 Rotas maderas ocupan  
 Los huecos de las ventanas,  
 Que ocuparon algun dia  
 Bellas vidrieras pintadas.  
 Tras ella cuelgan sus telas  
 Las cazadoras arañas,  
 Donde sin duda otro tiempo  
 Ricos tapices colgaban.  
 Hoy sirven los aposentos  
 De graneros: sus labradas  
 Techumbres son el asilo  
 De las golondrinas: lavan  
 Sus ropas en el estanque  
 De su parque las zagalas;  
 Y en las yerbas, que á las flores  
 Que dió algun dia reemplazan,  
 Se apacentan las ovejas  
 Y los pastores descansan.  
 En vez de amantes endechas  
 Cantadas al son de un arpa,  
 Se oyen al de un camarillo  
 Las campesinas tonadas.